

Por consiguiente, si la belleza de un objeto cualquiera bello encierra dichos elementos, por virtud de los cuales, demás del gusto que ella produce en nuestro espíritu en razón de su bondad intrínseca, dá naturalmente cierta especial satisfaccion á nuestro instinto simpático ó al amor de nosotros mismos; ó, al ménos, si el objeto bello se muestra rodeado de circunstancias con las cuales van unidos los mismos efectos psicológicos, no hay duda sino que entonces se acrecienta el poder que ejerce su aspecto sobre nuestro corazón, y que su belleza nos parece otro tanto más amable, más incuestionable, más suave; tenemos, pues, entonces *la gracia*.

De un modo inmediato y propio la satisfaccion de dichos impulsos nos viene de seres personales solamente. Una dulce sonrisa, una alegría modesta, una mirada ingénua y amigable, y en general las señales todas que manifiestan un corazón benévolo, prestan á la belleza humana el atractivo de la gracia. Rodeada de igual encanto, se nos ofrece la belleza cuando con la virtud se asocian aquella humildad y verdadera modestia que dá muestras de ignorar el propio mérito; cuando la candorosa inocencia se nos presenta inerme, débil y desamparada, esperando, por decirlo así, de nosotros arrimo y

φαντασία γὰρ καὶ ἐνταῦθα τοῦ ὑπάρχειν αὐτῇ τὸ ἀγαθὸν εἶναι, οὗ πάντες ἐπιθυμοῦσιν οἱ κίθνομενοι. Arist. Rhet. 1. c. 11. n. 16 17.

proteccion; ó cuando visitada del dolor y la afliccion, la vemos solicitar nuestra compasion, nuestra ayuda (1); porque en todos estos casos se nos dá una prueba tácita de fidelidad y respeto, que el amor de nosotros mismos recibe con agrado. Por esto dice el padre Taparelli (2), que la gracia es la dote principal de la niñez (3) y del sexo más débil (4), porque el poder que tienen sobre el corazón, es realzado por las lágrimas.

Por lo demás, no tenemos la gracia por patrimonio exclusivo del hombre: las impresiones sensibles de los objetos corpóreos excitan en nuestro ánimo, segun sus respectivas propiedades, movimientos simpáticos; y aun la misma imaginacion, que todo lo anima, nos hace hallar satisfaccion al amor de nosotros mismos en la simple naturaleza. Y á la verdad, por medio de una especie de personificacion, la imaginacion aprehende en los animales, en las flores, en las plantas y aun en los seres inorgánicos,

(1) ¿No has visto nunca la belleza en un semblante dolorido? Pues no has visto la belleza. ¿No has visto nunca el gozo en un hermoso rostro? Pues entonces no has visto nunca el gozo. Schiller.

(2) Ragioni del bello, párrafo V. n. 39. A este ilustre sábio hemos seguido en gran parte al explicar el concepto de la gracia.

(3) Puede verse á este propósito la composicion «Entre dos niños,» una de las más bellas «poesias de Juan Schrott.»

(4) En este sentido dice Ciceron: Quum autem pulchritudinis duo genera sint, quorum in altero venustas sit, in altero dignitas; venustatem muliebrem ducere debemus, dignitatem virilem. (De offic. 1. c. 36.) *Venustas* y *gratia* son sinónimos.

aquel sentimiento de benevolencia, de respeto y fidelidad que antes decíamos; pues estas cosas impersonales en sus colores ó en su figura, en sus voces ó en sus movimientos, en todo su sér, en fin, son algo visible, semejante al signo, análogo á la expresion con que tales afectos se manifiestan en el hombre.

Por esto hallamos con gusto amables y graciosos lo pequeño, lo suave, lo dulce, lo sereno, lo tierno. Por esto un colorido no muy vivo en azul, verde ó violeta, hace en el ánimo una impresion más placentera que el magestuoso esplendor de la púrpura ó la deslumbradora blancura de la nieve alpina al sol del mediodia; el estrepitoso sonido de la corneta, ó un fuerte bajo expresa ménos que los suaves tonos de la flauta, de la corneta de llaves ó del violon; por esto la violeta y el no me olvides fiel (*mysotis*, pensamiento), dicen más al corazon que los esplendores de las flores odoríferas y los lírios; por esto la naturaleza es tan bella cuando al despuntar el dia la suave luz de la aurora corona las cimas de las montañas que rodean el horizonte, ó cuando al despedirse el sol

—«El aliento de la tarde entrelaza velos cargados de vapores sobre praderas y bosques, y alegre y claro, como un saludo del Señor, sale del fondo del crepúsculo el lucero vespertino» (1).

(1) Rewits.

De lo dicho se infiere claramente la relacion de la gracia con la belleza. No son, á la veidad, cosas idénticas. No todo lo bello es gracioso; pero no hay cosa alguna graciosa á la que no convenga la belleza en su doble sentido, filosófico y vulgar: la belleza, aunque no siempre sea un grado notable de la gracia, es un elemento esencial de ella. Gracia es, como hemos dicho, la belleza, cuando su manifestacion nos procura, junto con el deleite nacido de la bondad intrínseca del objeto bello, la satisfaccion del sentimiento simpático ó del amor de nosotros mismos. A la belleza, como simple belleza, corresponde en nuestro corazon el amor propiamente dicho, y solo él; la gracia lo escita asimismo, pero al par con él escita además el amor imperfecto (*amor mercenarius ó concupiscentiae*). De esta suerte cautiva al corazon humano con doble cadena, y como este segundo amor es por su naturaleza más fuerte que el primero, fácil es de entender, no solamente lo mucho que la gracia realza el atractivo de la belleza, sino tambien la razon por que cuando una cosa se recomienda por su gracia, egerce muchas veces en nuestro ánimo una atraccion más fuerte que la de otro objeto que aunque sobrepuje al primero en verdadera belleza, no haya sido consagrado por las gracias.

No tenemos necesidad de añadir que es grave error el tomar la gracia por la belleza. A seme-

jante confusion puede ser atribuida la falsa idea segun la cual la belleza debe atribuirse á la mujer en más alto grado que al hombre, así como la duda infundada de si la sublimidad y la belleza pueden hallarse juntas en un mismo objeto, y la respuesta negativa de muchos Estéticos (1) á esta pregunta. El suave atractivo de la gracia puede, á la verdad, no andar siempre asociado con la grave magestad de lo sublime, y en este sentido no carecer de verdad, históricamente tomado, el dicho del poeta:

Non bene conveniunt nec in una sede morantur
Majestas et amor.

88. Aquí concluimos la explicacion de los varios puntos comprendidos en el presente párrafo, demostrando que la hermosura es por su naturaleza diferente de los otros «objetos de la complacencia estética.» La belleza estriba en una relacion inmediata de la cosa bella con el amor propiamente dicho, y sólo con él; mas lo sensiblemente agradable, mas la verdad, la novedad, la variedad, el ridiculo no solicitan de ningun modo este amor; únicamente despiertan el otro amor ménos perfecto, por satisfacer, como satisfacen, las propensiones naturales del hom-

(1) V. por ejemplo á Solger. Lecciones de Estética pág. 181.

bre y por traer consigo el deleite que de aquí se sigue; y si la gracia tiene de comun con la belleza el decir relacion al amor perfecto, porque en ella se encierra necesariamente la belleza misma, ésta se transforma engracia sólo por la relacion que á la vez tiene con el amor de concupiscencia. Amamos lo bello porque es *bueno en sí*, y nos agrada porque lo amamos. Respecto á las otras excelencias de que hemos discurrido, las cosas dotadas de ellas llegan á sernos amables solo porque son *buenas para nosotros*, porque son agradables (1): razon aplicable á la gracia por un motivo, cuando ménos, igual. El amor de la belleza y el placer consiguiente á este amor estriban próxima y exclusivamente en la preciosa dote de nuestra naturaleza, en la tendencia grabada por Dios en nosotros hácia lo que hay de más puro, de más noble y elevado; el amor de las otras propiedades agradables tiene su razon próxima y única ó principal, como acaece con la gracia, en el amor natural de nosotros mismos. Cuán raras veces suceda que este amor no se salga de sus justos límites; cuán fácilmente degenera en amor propio, en interés, en egoismo, sábenlo muy bien todos los que conocen á los hombres y á sí propios se co-

(1) Pulchrum per se ipsum consideratur atque laudatur, cui turpe ac deforme contrarium est. Aptum vero cui ex adverso est ineptum, quasi religatum pendet aliunde, nec ex semetipso, sed ex eo cui connectitur judicatur. Aug. ep. 198. al 5. ad Marcellin. n. 5.

nocen. Por lo cual la inclinacion á estos deleites puede tornarse en viciosa, inmoral, y lo es en efecto siempre que sacrificamos altos respetos al anhelo por contentar el amor de nosotros mismos. El deseo de la novedad puede convertirse en curiosidad indiscreta y temeraria; el amor de las cosas graciosas en orgullo ó complacencia sensual; el gusto de lo ridículo en trivial y frívola vulgaridad; y con cuánta frecuencia se abata hasta tornarse en «sensual» el amor de lo agradable al sentido, pruébalo la idea accesoria del desórden que parece casi introducirse en esta palabra, pues tan poco es lo que se contiene en su significacion propia. Este género de extravíos hallan en la semejanza, seductora por cierto para ojos ménos perspicaces, en la semejanza, decimos, que tienen con la belleza los llamados «objetos de la complacencia estética,» la capa que necesitan para cubrir su deformidad moral. El concepto de la belleza está condenado á ser falsificado por una moral vacía de doctrinas ciertas y bien definidas, la cual tiene por inocentes á hechizos seductores que desconoce. Pero verdaderamente la tendencia al bien de la naturaleza racional no tiene sobre sí ningun otro respeto más alto que haya de serle sacrificado. La fuente de nuestra complacencia en los objetos bellos siempre resultará, ella sola, clara y serena, sin mezcla alguna capaz de corromperla. Entre todos los metales el oro es el

único que posee la virtud de no oxidarse; y del mismo modo solo el amor y el deleite de la belleza excluye todo peligro de perder su ley con innobles mixturas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.